

REBECA BARRIGA VILLANUEVA y CLAUDIA PARODI, *La lingüística en México 1980-1996*. México, El Colegio de México/University of California-Los Angeles, 1998; 614 pp. Incluye un CD-ROM.

El más que loable esfuerzo de Claudia Parodi hace 18 años, de ofrecer un panorama bibliográfico de *La investigación lingüística en México entre 1970 y 1980* (México, UNAM, 1980), gracias al cual nos pudimos formar un panorama de conjunto de lo que había hecho la lingüística mexicana en esa década, se ve continuado ahora en este libro. Rebeca Barriga y Claudia Parodi se dieron a la ingente tarea de encuestar y consultar a los practicantes de la lingüística en México y de documentar y clasificar su producción bibliográfica correspondiente a los años 1980-1996. Con la colaboración de Claudia Colomer, Ingrid López y Karla Cobb para elaborar el archivo bibliográfico, y de Alejandro Rivas y Virginia Levín para formular la base de datos y el programa de consulta con la computadora, este libro ofrece una revisión y una documentación que puedo calificar de exhaustiva de todo lo que han publicado los lingüistas que trabajan en México. Está organizado en dieciséis capítulos, correspondientes a la manera en que las autoras decidieron clasificar su información bibliográfica (fonética y fonología, gramática, etc.). Cada capítulo consta de una breve introducción al tema general de que trata, seguido de una introducción y comentario al trabajo realizado en México. Inmediatamente después sigue la bibliografía correspondiente al tema, dividida por obras generales, español y lenguas indígenas americanas, a su vez subdividida según las necesidades del tema. La bibliografía aparece con numeración seguida por capítulo, y en orden alfabético. Al final de la obra hay un valiosísimo índice onomástico general, en donde se hacen dos tipos de remisión al cuerpo de la obra: por página en donde aparezca el comentario que haya recibido el autor, y por capítulo y número del registro en que se localice cada ficha bibliográfica del autor. Cierra la obra un índice de lenguas, en el que se reúnen todas las fichas correspondientes a cada lengua. En el CD-ROM, ese precioso instrumento de trabajo del que disfrutamos hoy en día, la flexibilidad es naturalmente mayor: se pueden hacer

consultas por autor, por tema, por lengua, por año e incluso combinar algunos rubros mediante un sencillo procedimiento booleano.

Una investigación bibliográfica de esta clase es una valiosísima contribución a la lingüística por varios motivos: permite enterarse de los resultados que ofrece la investigación lingüística en México; formarse una idea de conjunto; percibir tendencias de investigación, intereses temáticos, coincidencias o colaboraciones entre colegas; darse cuenta de las áreas que están bien, mediana o escasamente investigadas en México, e incluso comparar la actividad lingüística mexicana con la del resto del mundo. Es una obra de infraestructura científica que contribuye a consolidar la disciplina en México y a abrirle caminos en su necesaria comunicación internacional. Rebeca Barriga, Claudia Parodi y sus colaboradores merecen por eso la más efusiva felicitación.

Una somera revisión cuantitativa nos permite enterarnos de que en el lapso considerado se publicaron 3,737 obras (libros y artículos mezclados); que contribuyeron a la encuesta cerca de 1350 autores, entre investigadores de carrera, maestros de lenguas que elaboran cursos y manuales y estudiantes que presentaron sus tesis. Estos datos nos dan una comunidad de investigación pequeña, si se la compara con las comunidades alemana, francesa, española o angloamericana, pero en relativo crecimiento, tanto en miembros como en productividad. Valdría la pena comparar estas cifras con lo que era la lingüística en México hacia 1960 y con los datos correspondientes del primer libro de Claudia Parodi.

Como dije al principio, las autoras optaron por clasificar la bibliografía en 16 áreas. Cada lector decidirá si la clasificación de áreas de la lingüística que nos ofrecen las autoras es la más adecuada para dar cuenta de las obras incluidas, o incluso si la obra de cada quien está clasificada como lo desearía. Es claro que no hay una clasificación normativa y universal, y es probable que la idea que tenga cada quien de su propio trabajo resulte diferente de la que se formaron las dos autoras. Cuestión de interpretación, que servirá para plantearse varias reflexiones. En todo caso, el disco compacto nos ofrece la posibilidad de reordenar la clasificación con criterios personales y encontrar interpretaciones que también resultarán interesan-

tes. De las 16 áreas, las más nutridas son la de sociolingüística, con 513 registros; sigue la "lingüística aplicada", entendida a la manera tradicional como enseñanza de idiomas, pero con el agregado de la traducción, que tiene 509 registros; la que congrega la pragmática "entendida a la angloamericana", la teoría o análisis del discurso y la semiótica, con 403 registros; después viene la gramática, con 395 y luego la "psicolingüística", que engloba la adquisición de la lengua materna y las patologías del lenguaje, con 324 registros. Las menos ejercidas son la relación con la computadora electrónica, con 45 registros, la neurolingüística, con 53 y la tipología, con 82. ¿Qué nos podrán revelar estos números? Sólo la reflexión sobre los títulos de estas obras nos permitirá responder esta pregunta.

Se puede ver, entonces, que este libro tiene dos valores principales: por un lado, nos ofrece información bibliográfica sobre la lingüística que se hace en México, que sería imposible obtener de otra parte; por el otro, nos da la posibilidad de comenzar a comprender lo que es la pequeña comunidad científica mexicana, sus virtudes y sus carencias. Como el objetivo principal del libro es la recopilación bibliográfica por autores, no es posible ver en él con claridad el aspecto sociológico de la comunidad, que también nos interesa para comprender la lingüística que se hace en México. En cambio, la exploración del disco compacto nos permitirá definir el papel de las instituciones de investigación; podremos ver cuáles son las revistas en que mayoritariamente publican los lingüistas en México; podremos separar los libros de los artículos, la investigación básica de la aplicada; las obras de investigación de las obras didácticas y de difusión, etc. Desgraciadamente no podremos ver en esta obra algo que para varios de nosotros es importante: el valor que haya podido tener para la comunidad de lingüistas en México la actividad de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada, que nació oficialmente en 1982, pero ya venía actuando desde 1980; el papel de los Congresos nacionales de lingüística y el de los Encuentros del Noroeste se puede situar indirectamente, a base de sus actas. Para un futuro estudio de Rebeca Barriga y Claudia Parodi, si les interesa, o de cualquiera de nosotros, valdría la pena proseguir este trabajo sobre el aspecto sociológico de nuestra comunidad científica: su composición social: los estadounidenses, los europeos, los mexicanos, y

sus procedencias familiares (un tema clave para reconocer la aportación extranjera a la cultura en México, ahora que indignamente se persigue a antropólogos y lingüistas extranjeros que se ocupan de varios pueblos del estado de Chiapas); nuestras genealogías intelectuales; la razón de envejecimiento/renovación que existe ahora; las edades de maduración de los lingüistas, y tantas otras preguntas interesantes.

Para terminar, quisiera hacer dos reflexiones críticas: en primer lugar, en cuanto al sentido de la breve introducción general a cada tema. En mi personal opinión, esa introducción está determinada por una visión de los objetos actuales de investigación que se ofrece como universal, pero orientada por la lingüística angloamericana. El capítulo dedicado a la semántica, por ejemplo, comienza: "La semántica moderna se ha centrado principalmente en el análisis del significado de oraciones basado en el principio de composicionalidad, tema muy trabajado en la gramática de Montague, aplicada a las lenguas naturales" (p. 215). Esta orientación me parece sesgada hacia cierto tipo de formalismo que, ni es el que ha dado la pauta en la investigación semántica internacional (la "gramática de Montague", de procedencia lógica y no lingüística, tuvo un florecimiento pasajero y menor hace casi dos décadas), ni ayuda a situar lo producido en México, con lo que se produce una sensación de desfase entre la orientación que ofrece la introducción general del tema y lo investigado en México. Algo semejante sucede con la introducción del capítulo sobre lexicología y lexicografía. Comienza diciendo: "Es sabido que los estudios lexicológicos se abandonaron en el estructuralismo y la lingüística bloomfieldiana, pues se pretendía construir modelos lingüísticos sin hacer referencia al significado". Continúa: "Sin embargo, con la revolución chomskyana se retomó el estudio del significado de las lenguas en la investigación, específicamente en el análisis de la gramática" (p. 121). En realidad, esta explicación conviene más al capítulo sobre semántica, pues tanto la posición de Bloomfield como los intereses chomskyanos por el significado se explican mejor como temas semánticos y no léxicos. Por otra parte, los estudios lexicológicos no solamente no se abandonaron en el estructuralismo, sino que han sido la orientación principal de la semántica estructural, que tantos frutos ha dado en Europa. El desfa-

samiento es tanto más claro, por cuanto los comentarios acerca de la lexicología y la lexicografía en México no distinguen bien los trabajos realmente lexicológicos, que corresponden al tronco central de la lingüística, de los lexicográficos, que son partes de la lingüística aplicada, ampliando así la brecha entre la introducción general y la realidad de la investigación en México. El capítulo sobre filosofía del lenguaje, como lo demuestra el aporte mayoritario de bibliografía filosófica, mezcla dos enfoques que habría sido mejor distinguir: el de la "teoría lingüística" y la "teoría del lenguaje" y el de la "filosofía del lenguaje". Ésta es un ámbito propio de la filosofía y no de la lingüística; avanza a partir de los grandes temas filosóficos, tanto tradicionales, como el llamado "giro lingüístico" de la filosofía, a partir de la filosofía del lenguaje ordinario y de la obra de Wittgenstein, pero no suele incorporar conocimientos positivos provenientes de la lingüística. En cambio, la teoría lingüística es un campo de segundo nivel de abstracción teórica, pero que opera sobre el conocimiento empírico de la lingüística; y la teoría del lenguaje es una reconstrucción abstracta del carácter intrínseco de las lenguas. Sólo el sesgo angloamericano —pensemos en Jerrold Katz— puede confundir esos campos.

El resultado de este desfase entre la introducción general y la realidad de la investigación en México puede interpretarse, entonces, de dos maneras: o bien quienes trabajamos en México no conocemos adecuadamente las tendencias internacionales, o bien no es esa la ponderación correcta de las tendencias internacionales. Yo sostengo que se trata de lo último: en la lingüística contemporánea no hay paradigmas predominantes de carácter normativo; la lingüística es distinta si se la mira en Europa o si se la mira en los Estados Unidos de América; en México, afortunadamente, conviven ambas tradiciones científicas. Es la ventaja del "tercer mundo", una ventaja que debiéramos aprender a aprovechar, pues sólo con ella es como, por una parte, podemos conocer adecuadamente el rico y complejo panorama lingüístico de México; por la otra, sólo con ella podremos llegar a practicar una verdadera "lingüística mexicana".

LUIS FERNANDO LARA

El Colegio de México.